

## SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 273. — Reformas militares: VII. El Ejército en sus relaciones con la sociedad civil, por El Capitán Subrio Escápula; pág. 275.—Avance y fuego de la infantería en el combate (continuación), por E. Deglorgis, mayor general italiano, traducido por don Narciso Martínez y Aloy, capitán de Infantería; pág. 280.—La campaña de Napoleón en Italia, por el coronel, conde Yorck de War-temburg (continuación); pág. 284.

Pliegos 35 y 36 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

ESTUDIOS SOBRE LA DIRECCIÓN DE TROPAS, por J. V. Verdy du Vernois, general de Infantería, traducidos del alemán por el marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor. Pliegos 7 y 8 del cuaderno segundo.

### CRONICA GENERAL

LA UNIDAD EN LA MILICIA.—COMO DEBE COMPRENDERSE.—UNIDAD DE PROCEDENCIA.—EXAGERACIONES DE LA UNIDAD.—CAUSAS QUE LA CONTRARIAN.—ROEDORES DE LA UNIDAD MILITAR. — PENSAMIENTO ÚNICO DE LA PATRIA Y DEL EJÉRCITO.

Nada tan necesario para la buena marcha ordenada de las operaciones de una campaña como la compenetración de ideas y de pensamientos entre los diversos organismos que componen un ejército. No hay necesidad de demostrar esta proposición, pues es evidente que si, como se dice vulgarmente, *cada uno tira por su lado*, el resultado no puede dejar de ser desastroso. Justo es, pues, reconocer, que la *unidad* constituye uno de los fundamentos de los éxitos militares, de manera que para estudiar á fondo las instituciones militares hay que examinar qué es esa unidad, en qué consiste, cuáles son sus ventajas principales, cuáles sus peligros.

La unidad, tal como la definen los arquitectos, compone con las *partes* el *todo*, de modo que aquellas partes y sus detalles concurren á un fin determinado, por medio de combinaciones precisas en las que no haya exceso ni falta. Ciertas máquinas, por ejemplo, pueden componerse de muy diferentes maneras; pero siempre ha de ser de suerte que todos los órganos puedan concurrir al fin que se desea, y que no haya ni un órgano de más ni un órgano de menos; y hasta debe exigirse que todos los detalles de estos órganos estén apropiados á igual fin. Así, no es sólo absurda é imposible una máquina que tenga una rueda de más, sino aquella en que un sólo diente de una rueda tenga dimensiones excesivas.

Con este vigor, con esta precisión debe entenderse la unidad militar. El ejército debe ser en la paz el edificio imponente y soberbio que causa respeto á los que le contemplan; en la guerra, la máquina poderosa que ejerce el trabajo extraordinario de salvar á la patria. Y todo lo que no sea componer ese edificio y esa máquina de una manera precisa y exacta, es hacerla inútil para la trascendental misión que le está confiada.

La *unidad* militar es, por su esencia, única; pero puede examinarse desde diversos puntos de vista. La *unidad de procedencia* es la más conocida entre nosotros; pero desde luego no es la más importante. Con dicha expresión se quiere dar á comprender que todos los oficiales han de tener un origen común, para que entre ellos no existan grandes desniveles. A veces se ha llevado tan lejos este capricho, que se han reunido en un mismo edificio todas las academias militares; pretendiéndose con esto algo análogo á lo que realizaría el mecánico componiendo su máquina con una serie de piezas fundidas todas con el mismo molde. Máquina compuesta con veinte ó cien ejes, ó de mil piñones iguales, y nada más; artefacto absurdo necesariamente.

Ha habido más aún. Algunos, exagerando la nota, han pretendido que en los ejércitos debe reinar una unidad absoluta, y que no debe haber más que una clase de oficiales, los cuales hoy mandarían un escuadrón, mañana una batería, al otro dirigirían la construcción de un fuerte. Esta idea se ha sostenido en serio; y no tan sólo se ha sostenido, sino que se practica para los oficiales generales, y no sólo para las categorías más elevadas, aquellas que han de estar al frente de grandes conjuntos, sino para los de categorías más modestas, para los que han de resolver frecuentemente asuntos de detalle.

La unidad no implica la uniformidad defectuosa, es decir, la *identidad*, la repetición igual y monótona de formas y detalles,—ha dicho un distinguido escritor—sino que, al contrario, es necesario evitar esa consecuencia del abuso de unidad. La misión típica y característica de cada órgano es lo único que puede proporcionar la belleza y utilidad del conjunto; y así, en la milicia, no sólo es preciso que cada arma, cada cuerpo, cada servicio tenga su tarea bien definida y marcada, sino que es también absolutamente necesario que cada organismo posea personalidad propia para obrar con independencia dentro de ciertos límites, y que cada individuo posea también el huelgo necesario para tener los horizontes libres y desembarazados.

Contrario á esta unidad vigorosa y científica es la organización del ejército basada en causas transitorias: crear batallones ó reservas porque sobran coroneles, variar el número de zonas porque faltan capitanes, etc., etc., todo, en fin, lo que sea poner y quitar ruedas á capricho en una máquina tan sagrada como la máquina militar.

Y es también contrario á la unidad necesaria un defecto muy común en muchos ejércitos y no poco arraigado en el nuestro. Y es que cada órgano, cada arma, cada dependencia se encastilla en su torre feudal y allí vive completamente aislado del mundo exterior, hasta el punto de que todo el que no es *de casa* parece un enemigo, un advenedizo al que hay que poner todo género de obstáculos. La unidad no quiere esto: pues hacerlo así equivale, llevando adelante nuestra comparación, á componer un edificio con elementos quizá hermosísimos; pero poniendo acá las ventanas, allá las columnas, acullá las escaleras; ó á montar una máquina sólida, de modo que las ruedas no engranan con los piñones, girando todo en el vacío, sin transmitir esfuerzo ni trabajo alguno. Varias veces se han dictado, aun en España, órdenes para que los oficiales de esta ó la otra arma concurriesen á ensayos ó ejercicios de otra ú otras; pero la orden ha sido siempre tan floja, y tan flojos los deseos de corregir este mal, que subsiste todavía.

Pero hay más aún. No es raro el ver que, fortalecidos en sus dominios, y creyéndose en él omnipotentes, pretendan algunos órganos invadir las atribuciones de los demás. Y éste entendemos que es el peor de los vicios contrarios á la unidad, puesto que, los que tal hacen, no sólo contribuyen pasivamente á la falta de armonía del conjunto, sino que la quieren romper á cada paso de un modo activo. Son los tales verdaderos roedores de la unidad militar; para ellos no hay nada bien hecho fuera de lo hecho por ellos; ninguna cosa realizada sin su intervención es digna de aprecio; todo acto en que no han tomado parte lo reputan perjudicial.

No saben, los que así proceden, el daño que hacen á la milicia. Esta quiere y necesita de la unidad dentro de la variedad. Unidad en la aspiración común hacia un ideal noble, que sea al propio tiempo ideal de la patria entera; unidad intelectual, en el concepto de que el estudio y la reflexión lleve naturalmente por el mismo camino á los que estudian y reflexionan; unidad en los medios de acción, á fin de que los que obran lo hagan con arreglo á principios establecidos en los reglamentos y á prácticas adquiridas en las maniobras. Pero esta unidad, que es la armonía del ejército, se ve rota tanto por la monotonía que predicán los que quieren para todos un patrón único, como por la tiranía de los que siempre quieren imponer su voluntad, sobre todo cuando esta voluntad es hija del orgullo más que de ideas sólidamente afianzadas.

Quizá el lector habrá encontrado meticoloso este conato de disertación sobre la unidad. Cuando vemos al pueblo inglés y al pueblo boer, y al pueblo alemán y al pueblo francés teniendo *un* pensamiento militar que les subyuga, no podemos dejar de comprender que no hay patria fuerte sin pensamiento único, ni hay ejército fuerte sino piensa al unísono con la patria. La falta de unidad es el simbolo de la disgregación molecular, de la muerte.

NIEMAND.

27 de septiembre de 1901.

---

## REFORMAS MILITARES

### VII.—EL EJÉRCITO EN SUS RELACIONES CON LA SOCIEDAD CIVIL.

Hemos abogado, en los artículos precedentes, por la adopción de algunas medidas y reformas que saquen al ejército de su atonía y purifiquen sus ideales y costumbres; pues si bien hemos defendido la elevación de los sueldos y algunos pequeños beneficios de orden material, ha sido tan sólo en el grado necesario para apartar al oficial de toda preocupación y mira que le impida consagrarse con la plenitud de sus energías morales y físicas al desempeño de sus funciones, fundadas todas en el desprecio á las ventajas puramente materiales. A este objeto ha obedecido cuanto hemos escrito acerca de la perseverancia en los ejercicios prácticos, de la mejora en el plantel de oficiales, del matrimonio, en su doble carácter de sacramento y de contrato, de los sueldos y de las recompensas. Las reformas en este sentido dignificarían al Ejército y elevarían su prestigio en la sociedad; pero, por mucho que el Ejército trabajase, por esfuerzos

que hiciera para llenar cumplidamente sus fines, por desinterés y abnegación que mostrara en todos sus actos, no conseguiría ocupar el lugar que le corresponde en la Nación, en tanto no se mantuviera ajeno á las pasiones, luchas y enconos de otros organismos y elementos.

No hay que recordar los repetidos esfuerzos y disposiciones que se han llevado á cabo en los últimos veinticinco años, para alejar toda tendencia política, todo interés de bandería, del seno del Ejército, siendo innegable que la mejoría en este sentido ha sido inmensa, habiéndose colocado á la institución armada en un campo neutral, libre de las luchas, suspicacias y móviles de partido: resultado tanto más digno de aplauso si se tiene en cuenta que durante una parte no pequeña del pasado siglo el Ejército intervenía á menudo en las luchas políticas. Esa prudente y serena conducta ¿ha sido, sin embargo, apreciada por todos y ha despertado en el pueblo viva simpatía por el Ejército? Desgraciadamente no; antes porque intervenía *motu proprio*, imponiendo su voluntad con la fuerza de sus armas, y ahora porque interviene también, aunque bajo otra forma, en beneficio de elementos ajenos á él, lo cierto es que el Ejército figura demasiado en nuestra historia política interior y no ha conseguido, á pesar de su notoria tendencia á concentrarse en sí mismo, ser un cuerpo tenido por todos como genuina y exclusivamente nacional.

Y es que el Ejército ha olvidado antiguos vicios; pero los que fomentaban esos vicios, los espíritus eternamente inquietos y descontentos, no han olvidado al Ejército, y éste, mero instrumento, asume la mayor parte de las responsabilidades y de las culpas.

Han pasado aquellos tiempos de nuestra historia en que la espada decidía el lado á que había de inclinarse la balanza; y á la época en que los generales, hombres de acción, eran los árbitros de los destinos del país, ha seguido otra en que los elementos directores son, por punto general, letrados, insustituibles para el consejo, pero llevando en sí el hábito arraigado de guiar á otros sin tocar las consecuencias de sus desaciertos y sin el interés que da la propia responsabilidad ó el tratarse de asuntos propios. A este cambio en las altas clases del Estado no ha respondido igual variación en las masas; antes al contrario: éstas, cada vez más exaltadas por la predicación de doctrinas más ó menos disolventes, se van mostrando más propensas á reivindicar por sí mismas lo que entienden constituye sus derechos, acentuándose la separación de clases, los antagonismos y la resistencia.

En cuanto alguna de esas diferencias sale á la superficie, bien entre patronos y obreros, ya entre trabajadores agrícolas y los propietarios, sea entre las autoridades y sus administrados, ó entre adeptos de diferentes creencias religiosas, es frecuente que si las gestiones de los gobernantes civiles no dan resultado, no se apaciguan los ánimos ni se conciertan las desavenencias por intervención, puramente *de visu*, de la guardia civil, entren en funciones las autoridades militares, consumándose uno de los mayores males que son causa del desprestigio del Ejército.

En efecto, á partir de ese momento, el general responsable, no sólo descuida (que esto al cabo es lo menos sensible) sus funciones exclusivamente militares, sino que ha de entrar en un terreno que le es absolutamente desconocido y ha de ejercer el mando en las peores condiciones posibles. Supongamos, para

que no se nos pueda tildar de apasionados, que las autoridades civiles, cosa por otra parte corriente, obren con perfecta lealtad no ocultando nada al general, y que éste posea las mejores dotes de ilustración, tacto y carácter. En cuanto la autoridad militar asume el mando, por afecto de la gravedad ó anormalidad, por lo menos, de las circunstancias, todos, grandes y chicos, fijan en él su atención, y no sólo los periódicos de distintos matices, sino hasta aquellos individuos que en épocas normales ignoran el nombre del gobernador, examinan todos sus actos y critican sus menores disposiciones; y como nunca el que manda puede dar gusto á todos, resulta siempre que un núcleo más ó menos numeroso ve con disgusto la gestión del general, le envuelve en censuras á la primera ocasión y socavando su prestigio socava el de todo el Ejército. Las menores faltas, los más leves desaciertos del general son exagerados y llevados de un lado á otro por los revoltosos ó perjudicados, y así quedan anulados ú obscurecidos, en la llamada opinión pública, caudillos de grandes merecimientos y excelentes prendas, que bien utilizadas podrían ser provechosísimas al bien general. Y bien considerado ¿es natural, es lógico que un hombre habituado siempre á mandar y obedecer sin discusión; habituado á obrar rápida y enérgicamente, quede completamente airoso en un puesto en el que debe dar pruebas de todo menos de lo que ha practicado en su larga carrera? ¿Es lógico, es justo, que la autoridad civil, que por razón de su cargo debe hallarse perfectamente enterada de las pasiones, de los deseos y de las tendencias de sus gobernados, entregue el mando cuando esas pasiones y deseos, que él conoce en su origen, se desborden, y lo entregue á quien lo ignora y no interviene hasta el momento en que el desenlace es más difícil? No pretendemos, con esto, que si la tranquilidad y el orden público se alteran violentamente, permanezcan sin preocuparse de ello las autoridades militares y se resistan á tomar el mando; lo que sostenemos es que si el militar debe alejarse, como se repite todos los días, de las esferas directoras, para consagrarse exclusivamente á su misión, se le ha de evitar también el escollo de asumir el mando en circunstancias espinosas, á no ser que se le exija entonces también el empleo único de sus dotes, de sus iniciativas y de sus fuerzas, ó sea el uso de las tropas. Pero no; en la inmensa mayoría de los casos, la intervención ejecutiva de la guardia civil bastaría para apaciguar toda revuelta y asonada, que si subsiguen á pesar de la presencia de aquélla en las calles se debe á lo muy prudente de las instrucciones que se le dan. Si los esfuerzos del general no conducen á la terminación del conflicto, salen las tropas á la calle, lográndose, tras manifestaciones poco correctas de los revoltosos y de amenazas más que de obras, conjurar el conflicto.

¿Qué ha resultado de todo ello? Las autoridades civiles, que han permanecido en segundo término, sin exponerse á censuras ni responsabilidades, vuelven á entrar en funciones cuando todo está tranquilo y sin dificultad. En tanto, las autoridades militares son acusadas de ineptas, de poco hábiles, de apasionadas, y la interesada campaña que contra ellas se emprende barrena la disciplina social, resta simpatías á la colectividad y la envuelve, en sus primeras figuras, en una atmósfera de incapacidad. Las tropas por su parte han servido de espantajo más ó menos temible, y los elementos turbulentos, los menos favorecidos por la solución dada al conflicto, y todos los bullangueros, ven en ellos un enemigo encubierto, un obstáculo para la realización de sus deseos.

Menos mal si sólo se tratase de alteraciones del orden público provocadas por los espíritus díscolos, porque las censuras de éstos, lejos de empañar el nombre del Ejército, lo acrecentarían y le darían mayor brillo. Mas en esta desdichada época de apetitos desordenados, en que el egoísmo se sobrepone a toda idea de conveniencia general, no está vinculada en una clase determinada la provocación de trastornos, producida por el estado siempre latente de la terrible *struggle for life* en su aspecto menos humano: el de los bienes materiales. Y hoy son los obreros de un oficio, mañana los patronos, el otro los industriales, más tarde los intelectuales (!), los comerciantes después, los trabajadores del campo luego, y, en suma, todas las clases de la sociedad, los que llevan la anormalidad a la vida y la inquietud a los espíritus. El Ejército ¿cómo no? con su incontrastable fuerza y su abnegación, nunca bastante elogiada tratándose de estos hechos, impone ciertamente el imperio de la ley y restablece el equilibrio material; pero como las víctimas de hoy serán mañana los provocadores, la milicia se va conquistando por triste privilegio la animadversión de unos y de otros, como si no fuera ella, en último término, el único organismo que no reporta ventaja de ese choque de pasiones, y la que pierde siempre.

Apenas solucionada una huelga, que amenaza dejar sin pan a una capital, por la intervención de la fuerza que garantiza la seguridad y de numerosas brigadas de soldados que confeccionan elemento tan esencial para la subsistencia, la resistencia de una clase al pago de contribuciones, ó la intemperancia antirreligiosa ó cualquiera otro exceso, obligan al ejército a intervenir de nuevo. ¿Quién de los que por el imperio de la fuerza han tenido que doblegarse ahora al cumplimiento de las leyes se acuerda ya de que a la milicia debió la regular alimentación de su familia? ¿Quién de los que gracias al Ejército pudieron recoger tranquilamente sus cosechas se acuerda de ello cuando aquél opone firme obstáculo a la realización de sus pocos meditados deseos? ¿Y quién, en fin, de los que claman por la intervención de la fuerza armada cuando las pasiones desencadenadas amenazan ensangrentar las calles eleva su voz en favor de ella una vez conjurado el conflicto?

¿De cuán distinta manera pasarían las cosas si se reservara el ejército únicamente para restablecer el orden material alterado, mediante una represión tan rápida como enérgica, sin intervenir para nada en la solución ni aun en el desarrollo de esas luchas! Pero ¡no! Todos están en libertad de acción para preparar y organizar el desorden, en cualquiera de sus aspectos, sin que toquen las consecuencias de su imprudencia y poco patriotismo, porque en cuanto la propaganda empieza a dar sus naturales frutos interviene el ejército y todo se arregla. Acostumbrados así a las mayores temeridades de palabra y a las más audaces predicaciones, sin que nunca la tempestad se desencadene arrastrando consigo a los que la han formado, no puede recaer jamás un saludable castigo sobre los culpables, y nos vamos deslizando fatalmente en insondables precipicios, tendiendo todos a demoler lo que a todos interesa conservar: el orden moral y material y su más firme sostén: la fuerza pública.

Aparte el deplorable efecto que en el común de los ciudadanos, poco educados para comprender la finalidad y el alcance de las cosas, produce esa intervención constante del ejército en la vida pública, los males que ello acarrea dentro de nuestro organismo son incalculables. Las divergencias entre los ele-

mentos civil y militar, que nunca debieron existir, se inician y acentúan; insensiblemente é involuntariamente, el ejército véase apartado de sus peculiares fines, de los que nadie se preocupa, y cree que su principal misión es otra muy distinta, haciéndole olvidar la principal; acostumbrado á salir del paso con poco esfuerzo, sin necesidad de estudio ni de preparación, imáginase que siempre ocurrirá lo mismo y confíase demasiado en sí propio, cayendo en la postración.

Y si el ejército como colectividad padece, más perjudicados quedan aún sus más ilustres caudillos, sometidos al vendaval demoleedor de las pasiones y colocados siempre entre intereses encontrados. ¿Es así como se acrece su prestigio, y cómo se forman hombres que el día del peligro arrastren las muchedumbres á la muerte? ¿Es así como se inspira al país confianza en sus generales, haciéndoles desempeñar funciones impropias de su cargo? ¿Es así como el Ejército formará un núcleo vigoroso, encarnación del espíritu nacional?

Por eso, como decíamos al principio, no basta con apartar al Ejército de la política; es necesario sustraerlo en absoluto de las consecuencias que acarrearán las luchas de clase. Enhorabuena que no permanezca en los cuarteles cuando el tumulto reina en las calles; pero no se le encomiende á él la solución, sino sólo el cortar el nudo por medio de la fuerza, volviendo á sus particulares funciones cuando la tranquilidad material se haya restablecido. De esta manera, no sólo su prestigio se mantendría siempre en las serenas alturas de donde no debe descender sino que todos cuidarían algo más que ahora de desatar las tempestades. Resérvese en buena hora, el ejército para garantizar la paz pública; pero sólo para este efecto, sin que deje de sentir su acción antes ni después de la alteración del orden, por críticas que sean las circunstancias y por perjuicios que ellas irroguen al común de los ciudadanos; veríamos, entonces, cómo la inmensa mayoría de éstos sacudirían su atonía y egoísmo, reservándose el papel de censores encerrados tranquilamente en sus hogares, y se produciría una saludable reacción en los ánimos, cortándose ante la universal indignación las audacias de los turbulentos y malos patriotas, y aclamando al ejército como salvaguardia de los derechos de todos y entidad independiente é imparcial, á cuyo amparo el Estado y el individuo pudiesen desarrollar sus iniciativas y su bienestar.

En tanto no se proceda así, inútil será que el ejército trate de mejorar, de perfeccionarse y de cumplir sus patrióticos deberes. No gozará de la confianza, del respeto ni de la consideración á que tiene derecho; sin ellas no existirá en su seno la interior satisfacción y la alegría íntima, únicas satisfacciones de quien consagra su vida al bien de los demás, ni reinará en sus filas aquel entusiasmo y aliento, aquella conciencia de su propio valer, que en su día le conducirán á la victoria.

Hay, pues, que seguir dos caminos paralelos para llegar á tan satisfactorio resultado: el uno consistente en purificar y mejorar el ejército, abstracción hecha del medio que le rodea; el otro estriba en emplearle y hacerle aparecer ante el pueblo de modo que conserve siempre la aureola de su elevada misión, sin que jamás, directa ni indirectamente, ni como entidad, ni por medio de sus más prestigiosas personalidades, se mezcle en las luchas pequeñas á que conducen la falta de sanos ideales en la generación actual. Ya que nos ocupamos en estos artículos de lo que se refiere al primer punto, sin que para ello encubramos nuestros

defectos, antes al contrario, mostrándolos con todo el deseo de extirparlos, por doloroso y sensible que resulte, permítasenos que hoy hayamos apuntado brevemente algo de lo que perturba al ejército y de lo que tanto le perjudica, sin culpa alguna por su parte, antes bien contra sus deseos y voluntad.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA.

## AVANCE Y FUEGO DE LA INFANTERIA EN EL COMBATE

(Continuación.)

En esta formación la compañía podrá continuar su avance hasta que las pérdidas, ú otras circunstancias, la obliguen á iniciar el fuego.

Hacia los 1.000-1.100 metros podrá suceder que algún tiro bien dirigido llegue á hacerse sensible sobre un blanco que presente un área vulnerable de cerca 2 metros cuadrados, cual serían los sostenes de los pelotones centrales, constituidos por tres escuadras en contacto. Será entonces oportuno intervalar también estas escuadras, que constituyen el sostén. Son 10 en total; pueden tomar entre sí un intervalo de 13 á 14 pasos, superior al *de seguridad*, que es, á esa distancia, de 11 á 12 pasos, tanto contra los fuegos de fusilería cuanto contra los shrapnels. Se llega así á tener: seis escuadras en línea avanzada con 22 pasos de intervalo, y otras diez en sostén, estas últimas á 300 ó 400 metros á retaguardia é intervaladas de 13 á 14 pasos. Con esa formación la compañía podrá, muy probablemente, avanzar sin hacer fuego.

Llegado el momento de tener que iniciarse el fuego, empezará el avance por saltos, con un conveniente número de tiradores y con el más oportuno consumo de municiones que las condiciones del combate aconsejen.

De la tabla anterior se deduce cómo, teniendo que aumentar la intensidad del fuego, se podrá sin inconveniente, al iniciarlo á la distancia de 1.400 metros, llevar en avanzada ocho escuadras, las cuales vendrán todavía á tener un *intervalo de seguridad* muy suficiente, de 17 pasos. En este caso, avanzarán las escuadras número 2 de los pelotones centrales. Y la compañía quedará formada con ocho escuadras constituidas por los mejores tiradores en *línea avanzada* y con las otras ocho *en sostén*, todas ellas á conveniente intervalo de seguridad (17 pasos).

A partir de 1.000 metros, podrán, si es necesario, entrar en la línea avanzada otras dos escuadras, que podrán ser las n.º 3 de los dos pelotones extremos. Con esto dicha línea estará formada de las diez escuadras que contienen los mejores tiradores de la compañía.

Estas diez escuadras podrán tener un *intervalo* de 12 á 13 pasos: superior, para esa distancia, al *intervalo de seguridad*.

A partir de 900 metros podrán entrar en avanzada otras dos escuadras, que podrán ser las n.º 3 de los pelotones centrales, quedando entonces aquella formada de doce escuadras con intervalo de seguridad de 11 pasos: más que suficiente para dicha distancia. Otras cuatro escuadras quedarán todavía en sostén, y serán las formadas por los peores tiradores de cada sección.

Por último, á 600 metros, la línea avanzada podrá reunir todas las escuadras. Estas podrán todavía tener un intervalo de seguridad de 8 pasos, que para esa distancia es más que suficiente.

Pero rara vez sucederá tener que recurrir al sucesivo y progresivo refuerzo de la línea avanzada á las distancias antes apuntadas. Lo más frecuente será que este sucesivo incremento de fuerza sólo sea necesario á distancias algo menores; porque, como se verá pronto, la formación que se considera presenta una vulnerabilidad mucho menor que las actuales guerrillas, y, por consiguiente, permite aproximarse mucho más al enemigo sin hacer fuego ó sin hacerlo muy intenso, como se puede obtener, por ejemplo, con ocho escuadras á cuatro tiradores cada una y disparando cada uno tres cargadores, ó sea un total de 340 á 380 disparos por minuto.

Sería más oportuno, por razón de un económico consumo de municiones, que las escuadras formadas por los regulares tiradores no entrasen en acción antes de los 300 ó 400 metros, esto es: sólo momentos antes de proceder al fuego resuelto y aun al asalto. Por estas consideraciones sería buena solución la que permitiese avanzar con 8 escuadras en línea avanzada y 8 en sostén.

Tal solución es posible, aunque esas 8 escuadras no tengan que avanzar hasta la distancia de 1.200 metros, puesto que á esta distancia el *intervalo de seguridad* es de 13 pasos, con lo que el frente de la compañía, aún limitado á  $8 \times 13 = 104$  pasos, sería suficiente para permitir la tal solución.

\*  
\* \* \*

Toda la táctica de la compañía se reduce á la aplicación de las ideas ampliamente desarrolladas al hablar del pelotón ó sección, y con las cuales se debe: imprimir la dirección; establecer el número de las escuadras que han de formar la línea avanzada, el intervalo que éstas han de mantener entre sí, el número de los tiradores que cada escuadra debe tener sobre la línea de fuego en cada salto, el número de cargadores que ha de consumir cada *tirador* en cada acecho y el alza.

Todavía hay que examinar aquí otra ventaja, característica del método de avance expuesto, aunque esta ventaja empiece á manifestarse con el empleo de unidades superiores á la compañía. Esta ventaja es inherente á la mayor elasticidad del sistema, el cual, al paso que da la posibilidad de ocupar con poca tropa amplia extensión de frente, ofrece la de tener, en el momento del choque y sobre el punto decisivo, una fuerza, por metro corriente del frente de batalla, muy superior á la que se tiene con el sistema actual de despliegue en guerrilla, con un número de pérdidas mucho menor, además, durante todo el avance.

No es necesario ejemplo práctico alguno para demostrar la posibilidad de ocupar, con poca fuerza, gran extensión de terreno. Pero es oportuno examinar entre qué límites se puede tener una notable condensación de tropa sin alterar sensiblemente las condiciones de vulnerabilidad del sistema.

Tomemos, por ejemplo, una compañía que adopta la primera formación hacia los 1.300 metros. Esta unidad avanza en su formación normal, con los pelotones en contacto.

Para marchar con el *intervalo de seguridad* conveniente, los cuatro peloto-

nes que van sobre una misma línea deberán espaciarse 27 pasos, más cuatro para su frente; total:  $4 \times 31 \text{ pasos} = 124 \text{ pasos}$ .

Pero nada impide á esta compañía, cuando deba adoptar una formación densa, marchar con dos pelotones en primera línea y otros dos en segunda, á 200 ó 300 pasos de distancia.

En tal formación, el frente de la compañía podrá reducirse á  $2 \times (27 + 4) = 62$  pasos, con una densidad de fuerza de  $\frac{248}{62} = 4$  (fusiles) por paso del frente.

Los pelotones 1 y 2 estarán en primera línea y los 3 y 4 en segunda.

Con esa formación, la compañía puede avanzar hasta que el fuego enemigo resulte molesto; lo que no sucederá, ciertamente, antes de los 1.300-1.400 pasos. Entonces la compañía podrá mandar en línea avanzada las primeras escuadras de las cuatro secciones, las cuales podrán tener su *intervalo de seguridad* de 16-17 pasos.

A 1.000 metros, el número las escuadras avanzadas podrá elevarse, con el aumento de la segunda del primer pelotón, á *cinco*, con *intervalo de seguridad* de 12 pasos.

Las escuadras de sostén de los pelotones 1.º y 2.º se reducen á *cinco* y pueden mantener un *intervalo de seguridad* de 12 pasos, mientras que las de los pelotones 3.º y 4.º, que son *seis*, pero á 200-300 pasos á retaguardia, podrán permanecer acopladas dos á dos, con *intervalo de 20 pasos*.

Hacia los 800 metros, también puede llevarse la 2.ª escuadra del 2.º pelotón á la línea avanzada, que contará entonces con *seis* escuadras, espaciadas entre sí diez pasos: *intervalo suficiente*.

Las escuadras de sostén de los pelotones 1.º y 2.º quedarán reducidas á *cuatro*, con *intervalo de seguridad* de 15 pasos, y las de los pelotones 3.º y 4.º, siempre á 200-300 metros á retaguardia, serán aún *seis*, y podrán adoptar la formación siguiente:

$\frac{2.ª}{IV}$	.....	$\frac{3.ª \ 4.ª}{IV}$	.....	$\frac{2.ª}{III}$	.....	$\frac{3.ª \ 4.ª}{III}$	escuadras
	15 pasos		15 pasos		15 pasos		pelotones
							intervalos

Hacia los 600 metros, las escuadras 2.ªs de los pelotones III y IV podrán entrar aún en la línea avanzada, que vendrá así á estar constituida por *ocho* escuadras á ocho pasos de *intervalo de seguridad* (suficiente).

Las dos líneas del sostén, á 200 y 400 metros á retaguardia, respectivamente, tendrán, cada una, *cuatro* escuadras con *intervalos de 15 pasos* (suficiente).

A 450 metros del enemigo, las escuadras avanzadas pueden ser *diez* á seis pasos de *intervalo*, y las otras *seis*, en sostén, pueden venir á constituir una sola línea á unos 600-700 metros del enemigo, con *intervalos de diez pasos*; la cual línea puede avanzar rápidamente en los momentos oportunos para poder entrar en acción con la línea avanzada en el instante decisivo, á unos 300 metros del enemigo, con otras dos escuadras, quedando así *doce* en línea avanzada, con cinco pasos de *intervalo*, y *cuatro* en sostén, con *intervalos de 15 pasos*. La entrada de estas últimas cuatro escuadras en la línea de fuego puede ser la señal del último

fuego acelerado de todas las fracciones avanzadas y del sucesivo é inmediato asalto.

De cuanto precede se desprende la posibilidad de conducir una compañía, con relativa seguridad, desde las mayores distancias hasta el momento del asalto, sobre un frente limitadísimo (62 pasos), como no podría conseguirse con la formación en *cadena* sin grave sacrificio de los hombres.

*Defensa contra caballería.*—Si la caballería amenaza directamente el frente, las escuadras avanzadas acuden y despliegan sobre la línea de los mismos tiradores, y transcurridos sólo 15<sup>o</sup>, ó, en la hipótesis más desfavorable, después de 30<sup>o</sup>, pueden unir su propio fuego al de estos últimos. Con intervalos de cinco á ocho pasos entre las escuadras (correspondientes á las distancias de 300 á 700 metros del enemigo), la línea de fuego que de este modo resulta puede tener una densidad de dos á tres hombres por paso.

Los sostenes toman con prontitud un frente conveniente para recibir con el fuego á la caballería sin ofender las escuadras avanzadas.

Si el ataque de la caballería es directo sobre un flanco, la escuadra del ala amenazada le da frente inmediatamente y rompe el fuego, en tanto que las escuadras próximas á ella acuden y vienen á prolongar su frente. Las más distantes del ala amenazada no tienen más que avanzar ó retroceder algunas decenas de pasos y dar frente á la avanzada, para poder, con su fuego, flanquear las escuadras acumuladas en el ala atacada. Los tiradores que están sobre la línea de fuego, apostándose oportunamente para no ofender á sus compañeros, rompen de nuevo el fuego contra la caballería.

Los sostenes se conducen como antes se ha dicho.

En pocos segundos la caballería puede encontrar ante sí, cualquiera que sea la parte por donde se presente, una notable intensidad de fuego, indudablemente superior y más solícita que la que se obtendría en las actuales formaciones reglamentarias en idénticas circunstancias.

#### V.—INSTRUCCIÓN DE BATALLÓN.

Casi todas las reglas dictadas en el reglamento de ejercicios para la instrucción de batallón son aplicables con facilidad y sencillez al sistema de avance que se ha examinado.

Las compañías avanzadas proceden en el avance de conformidad con cuanto se ha dicho al hablar de la instrucción de la compañía. La posibilidad de asignar zonas de diversa amplitud para el frente de las distintas compañías en línea avanzada permite distribuirlo del modo que mejor responda á las condiciones del terreno y á los preceptos tácticos.

Las compañías que constituyen el grueso pueden avanzar en formación normal, con un *intervalo de seguridad* entre sus pelotones conveniente según las distintas distancias; así, cuando el fuego del adversario lo exija, pueden disponer los propios pelotones en dos líneas y adoptar la formación abierta, con las escuadras aisladas dos á dos y con oportunos intervalos entre una y otra ó entre los grupos de dos.

El refuerzo de la línea avanzada puede hacerse: llevando compañías enteras del grueso, ó sólo algunos pelotones sucesivamente.

Las circunstancias del combate dan la pauta para la dirección del fuego, pauta que puede también ser confiada por el jefe de batallón á los comandantes de las compañías avanzadas. La intensidad del fuego puede muy bien ser diferente en las varias compañías.

En circunstancias excepcionales del terreno, ó en la defensiva, puede muy bien destinarse alguna fracción, para la ejecución de los fuegos colectivos, en determinadas posiciones, al objeto de facilitar el avance de la línea ó de batir especiales objetivos.

Contra la caballería, ya cargue ésta sobre el frente ya sobre los flancos, el batallón, dispuesto como se ha dicho, se encuentra en las condiciones más favorables para recibirla con fuego eficazísimo, sin que sean necesarias grandes mutaciones—éstas podrán, á lo sumo, reducirse á llevar las escuadras avanzadas sobre la línea de tiradores—, salvo la de las dos ó tres fracciones más próximas á el ala amenazada, las cuales podrán con más eficacia dar frente á aquella parte, cerrando sobre la escuadra extrema; al mismo tiempo, las escuadras del sostén y de segunda línea podrán seguir movimientos análogos á los indicados para la compañía.

Entre las ventajas del método de avance que se propone, y no de las menos importantes, existe la de que en las instrucciones del tiempo de paz se podrá siempre conseguir que la fracción se mantenga exactamente en los límites del frente que se la habrá asignado, sin que aparezca el inconveniente que se observa en las actuales cadenas, las cuales, aun cuando no se introduzca en dichos ejercicios el elemento *pérdidas*, no permiten un notable refuerzo sino con proporcional alargamiento del frente, aunque no se quiera ó no se deba tolerar, ni un apresuramiento descompuesto sobre la línea de fuego, que dificulte la ejecución de los fuegos y promueva el desorden y la confusión.

Nada de eso ocurre en los ejercicios de tiempo de paz con el avance en *línea de filas*. El orden y la regularidad podrán mantenerse hasta los últimos períodos del ataque, sin que sea necesario alterar lo más mínimo la amplitud del frente asignado á la fracción que maniobra.

Traducido de la «Revista de Artillería e Genio» por

(Continuará.)

N. MARTÍNEZ Y ALOY,  
Capitán de Infantería.

---

## LA CAMPAÑA DE NAPOLEÓN EN ITALIA

(Continuación.)

En tanto que los austriacos son arrojados de la alta Italia, Napoleón se dedica á adoptar medidas que aseguren su conquista. Tres cosas debe tener muy en cuenta, que son: estudiar los itinerarios que pudieran seguir los austriacos para volver sobre Italia, con el fin de poderse oponer con tiempo á su regreso ofensivo; apoderarse de Mantua para completar la conquista de la alta Italia, y asegurar ésta con la posesión de toda la línea del Mincio, como nueva base de operaciones; y, por último, imponer una paz tan ventajosa como le fuese posible

á los Estados de la Italia meridional, y muy particularmente á Roma y al reino de Nápoles. Este último resultado era menos claro para Napoleón, cuyos deseos no coincidían con los del Directorio. Como antes dijimos, el Directorio quiso hacer de la campaña contra Roma y Nápoles una operación principal y llevarla paralelamente á la de la Italia septentrional; pero Napoleón consiguió, al obtener para sí únicamente el mando en jefe, reducir dicha operación accesoria á justos límites. Le sucedía en esto al Directorio « lo que á muchos de los buenos generales de Europa, esto es: que veían demasiadas cosas á la vez», en tanto que Napoleón no veía más que una, las masas de los austriacos; pues derrotados éstos, los objetivos secundarios, como para él eran Roma y Nápoles, deberían caer por sí mismos.

Ahora que los austriacos han sido batidos, juzga Napoleón que ya es posible complacer á su gobierno en cuanto á lo accesorio, y, en consecuencia, reorganiza su ejército, nutrido con refuerzos que le ha enviado el de los Alpes. Massena se pone al frente de 18.000 hombres, contando entre ellos los 5.000 de la división Sauret, que queda bajo su mando, y recibe el encargo de cubrir el resto del ejército contra los austriacos, á cual efecto situará tres medias brigadas en Salo, otras tres en Monte Baldo, á uno y otro extremo del lago de Garda; colocará en reserva media brigada en cada una de las plazas de Peschiera y Verona, y otra, por último, en un campo atrincherado que deberá establecer entre el lago y el Adigix. Sérurier recibe 5.000 hombres con la misión de marchar sobre Mantua y, si las circunstancias le son favorables, empezar á establecer el sitio; las divisiones de Augereau, Vaubois (procedente del ejército de los Alpes) y la vanguardia de Dallemagne, reducida á tres batallones de granaderos, formando un total de 12.500 hombres, quedarán á la inmediata disposición del general en jefe y, por último, 9.000 hombres estarán empleados en guarnecer las plazas de guerra de la Lombardía.

Napoleón ordenó la pronta reparación de las obras de defensa de Peschiera, se unió luego á Massena en Verona, estableció su cuartel general en Roverbella y desde allí empezó á dirigir el sitio de Mantua. Este fué iniciado por Augereau y Sérurier, cerrando el primero los dos caminos que conducen á la plaza por la orilla derecha del lago, y el segundo los otros dos que á ella conducen por la orilla izquierda. Dallemagne permanece como en reserva en Roverbella, pero después reemplaza á Augereau, quien es enviado á Balogne para cooperar á las ulteriores empresas de Napoleón contra Roma y Toscana. Estas expediciones fueron de corta duración terminando por convenios más ó menos fructuosos concluidos con los soberanos de dichos Estados, y no tuvieron importancia bajo el punto de vista militar.

El 5 de julio Napoleón volvió á entrar en su cuartel general de Roverbella é impulsó ya con seriedad el sitio de Mantua; pero en aquel intervalo, las incessantes noticias que había ido recibiendo referentes á los refuerzos que los austriacos recibían en el Tirol, le hicieron estimar en 59.000 hombres las fuerzas que Wurmser ha podido reunir allí. Indudablemente exagera algo la cifra de sus adversarios con el objeto de estimular más á su gobierno para que le envíe refuerzos. Su ejército consta de 42.000 hombres, y juzga que haya 8.000 defendiendo á Mantua cuando en realidad había 13.000. Su plan consiste, por el momento, en tomar á Mantua tan pronto como le sea posible y no revolverse

contra Wurmser sino en el caso de que éste se aproximara demasiado á la línea del Adigio, custodiada ahora por 15.000 hombres de Massena y 6.000 de Augereau. La división Sauret, de 5.000 hombres, colocada á las ordenes de Massena, ha sido situada en observación al oeste del lago de Garda; la división Despinoy, de otros 5.000, hállase en marcha desde Milán hacia el Adigio; y Sérurier, con 8.000 hombres, sitúa Mantua. Un golpe de mano, intentado para apoderarse de la plaza, fracasó por una serie de circunstancias desgraciadas, como Napoleón había predicho, «pues todas las empresas de este género, dice, dependen absolutamente de la suerte, de un perro que ladra ó de un ganso que grazna» (1). Kilmaine, con 3.000 caballos, ocupa á Valesa, y Napoleón, que desde Verona vigila atentamente los movimientos de su adversario en el Tyrol, comprende que se aproxima el momento decisivo y exclama: «Desgraciado de aquel que calcule mal!» (2)

La apertura ó construcción de trincheras frente á Mantua empezó la noche del 18 de julio, y la primera paralela quedó establecida en la noche siguiente; las operaciones del sitio se prosiguieron desde entonces con actividad. Napoleón, que había presenciado la construcción de las trincheras, marchó á unirse con las fuerzas situadas en observación del Tyrol, con el fin de hallarse sobre el terreno cuando atacase Wurmser, cuya aproximación conocía: dicho ataque se verificó el 29.

Wurmser ha distribuído su ejército en dos columnas; la primera, á las ordenes de Quosdanowich, fuerte de 18.000 hombres, adelanta por el oeste del lago de Garda sobre Salò, derrota á Sauret, continúa hasta Gavardo y ocupa Brescia con un fuerte destacamento: Sauret se retira sobre Desenzano. La otra columna, fuerte de 24.000 hombres y mandada por Wurmser en persona, ataca á las tres de la madrugada los puestos avanzados de Massena en La Corona, los envuelve y rechaza con pérdidas considerables, en tanto que un destacamento de 5.000 hombres flanquea por el valle del Brenta para engañar á los franceses. Cuando Napoleón, que se hallaba entonces en Montechiaro, tuvo noticia de estos acontecimientos, ordena al punto la concentración de las divisiones Massena, Despinoy y Kilmaine en Castelnuovo, en tanto que Augereau, después de haber reunido sus tropas en Zerpa, debía marchar sin pérdida de momento sobre Montebello, por Villanova, para atacar al enemigo el siguiente día por la mañana. Todo hace suponer que Napoleón había creído que el destacamento que avanzaba por el valle del Brenta era realmente la columna principal, pero fué mejor enterado luego respecto al efectivo de la columna que avanzaba por el valle del Adigio, y supo, aunque con cierta vaguedad aún, que la división Sauret había sido igualmente atacada y rechazada.

Sentadas estas premisas, podemos consignar un hecho al que Napoleón no nos tenía acostumbrados. Por más que esperase el ataque desde hacía bastante tiempo, al sobrevenir el choque muéstrase sumamente incierto é inclinado á ver negra su situación. No ordena el levantamiento del sitio de Mantua, pero envía á Milán toda la impedimenta y da instrucciones para poner en estado de defensa la ciudadela de aquella plaza. Escribe á Sérurier y le dice: «Quizá res-

(1) Al Directorio—Verona 12 de julio.

(2) Al Directorio—Verona 12 de julio.

tablezcamos nuestra línea, pero, no obstante, me creo obligado á adoptar serias precauciones para la retirada». (1) Ese *quizá* y aquella alusión á las probabilidades de una retirada no volveremos á encontrarlos ya en Napoleón. Augereau no tarda en recibir contraorden para que se retire sobre Roverbella y Villafranca, y al siguiente día le escribe Napoleón lo siguiente: «He aquí la desgraciada situación del ejército: el enemigo ha roto nuestra línea por tres puntos y es dueño de La Corona y de Rívoli, puestos importantes; Massena y Joubert (2) han tenido que ceder á la fuerza; Sauret ha abandonado Salo y opera su retirada sobre Desenzano; el enemigo se ha apoderado de Brescia y del puente de San-Marco. Como veis, nuestras comunicaciones con Milán y Verona han sido cortadas.» (3)

Puede ocurrir que en tales circunstancias los subordinados, cuya responsabilidad es menor, tengan más calma y juzguen con más serenidad la situación; razón por la cual no se les debe medir con igual rasero que al general en jefe, cuya imaginación, precisamente por ser más viva y abarcar muchas más cosas, ve una vez, por casualidad, con pesimismo su situación desfavorable, con todas las consecuencias que de ésta puedan derivarse. Por eso Massena le escribió: «Tenía confianza en ver aminorado el número de tropas llegadas ayer á Vicenza; veréis, ciudadano general, como al fin esto no será más que un reconocimiento.» (4) Y Sahuguet le decía: «Hasta ahora, á pesar de las exageraciones ordinarias, nada me permite creer que el cuerpo de ejército enemigo que ha llegado á Brescia sea considerable.» (5) La opinión de estos dos generales reflejaba una apreciación de la situación hecha con más calma y más exactitud que la que Napoleón se había formado en el primer momento; y, sin embargo, cada uno de sus subordinados sabía que únicamente aquel general en jefe joven, vivo y ardiente, podía en los momentos de la acción conducir el ejército á la victoria, y de la misma manera que cada uno de ellos se sentía fuerte sobre el terreno mandando un cuerpo de tropas, comprendían que la dirección de las operaciones exigía un golpe de vista más perspicaz que el suyo. Ya lo habían visto en fin de mayo, en los días en que Napoleón hubo de ausentarse para reprimir la insurrección de Milán y de Pavía, por el malestar que embargó el espíritu de los jefes, cuya inquietud aumentaba á medida que se iban acercando al enemigo. Berthier le escribía así: «El ejército... os espera con impaciencia.» (6) A tal punto llega la influencia de una gran personalidad en el espíritu moral de un ejército.

Sea como fuere, la guerra, según ha dicho Jomini, no es una ciencia, sino un drama pasional, y las bruscas y formidables peripecias de ese drama tienen su repercusión sobre el sér entero del general en jefe y no solamente sobre su espíritu. De ese modo nos explicamos cómo grandes generales han podido dudar un instante de sí mismos y hasta haber tenido accesos de desesperación. Por eso es justo que esas potencias naturales que dominan victoriosamente la tem-

(1) Monteschiario, 29 julio.

(2) General de brigada á las órdenes de Massena, acantonado en Rívoli.

(3) A Augereau, 30 julio 1796.

(4) A Napoleón: Pieverono 29 julio.

(5) A Napoleón: Milán 31 julio.

(6) Cremona 25 mayo.

pesta que ruge bajo su cráneo y se dan en seguida clara razón de su adversario ocupen el primer lugar en la historia; únicamente las naturalezas flemáticas pueden permanecer inaccesibles á la inquietud en los momentos en que se resuelven los problemas más arduos, y la historia no dice que esos hombres hayan hecho alguna vez grandes cosas.

Napoleón, como todos los grandes hombres, era nervioso y muy irritable; poníase furioso por nada; una mueca con la comisura de los labios y un movimiento de la espalda derecha daban de ello muestra. Estaba constantemente agitado y lo estaba más aparentemente en vísperas de una acción decisiva en la campaña. Era tan propenso á la cólera como al llanto. «No es raro verle conmovido hasta derramar lágrimas, y parece que éstas sean el resultado de una especie de irritación nerviosa cuya crisis representan. Tengo, decía, unos nervios muy intratables y cuando estoy excitado, si mi sangre no circulara con lentitud continua, correría el riesgo de volverme loco.» (1) La escena típica de su despedida con Josefina y Talleyrand en Maguncia, en 1806, cuando el Emperador iba á inaugurar su campaña contra Prusia, es bien conocida, y demuestra hasta qué punto puede llegar en el momento de las decisiones graves la emoción de los grandes hombres, aun la de aquellos cuya sangre fría y firmeza de resoluciones proclama la historia mas particularmente. Aquella escena forma digno paralelo con esta otra, producida setenta años más tarde en el consejo de guerra de Nikolsbourg, cuando el comandante en jefe y el estado mayor querían continuar la guerra y llevarla á Hungría, que nos ha sido contada en los términos siguientes por el autor mismo: «Pero se empeñaron en ello é inútil fué que yo protestara de aquel plan; entonces abandoné la sala y me retiré á la habitación próxima, separada de aquélla por un débil tabique: cerré la puerta y me arrojé en el lecho sollozando: tan nervioso estaba. Un momento después reinó el silencio en la sala, pero el proyecto fué abandonado.» (2)

El que Napoleón pudiera considerar por un instante mala su situación y se mostrase indeciso en sus resoluciones no fué obstáculo para que concluyera por juzgar con acierto la situación y por proceder vigorosamente; y en ello se evidencia como un gran general. Si antes dijo que las columnas enemigas habían roto sus líneas, reconoce luego las ventajas que con una acción rápida puede sacar de su posición interior contra las columnas austriacas que avanzan separadamente y «comprende que necesita formar un plan vasto.» (3) En primer lugar se vuelve á Desenzano y decide caer sobre la columna enemiga la que, avanzando por el oeste del lago de Garda, amenazaba sus comunicaciones. Ordena, pues, á Sauret y á Despinoy, llamado aquel día, 30 de julio, á Senzano, que marchen en la mañana del 31 sobre Salo y que ataquen allí al enemigo. Se traslada en seguida á Castelnuovo y da orden á Massena, que había sido rechazado hasta dicho punto, de que se apostara en Peschiera, detrás del Mincio, ocupando con un destacamento el puente de Valeggio.

(Continuará.)

(1) Madame de Remusat—Memorias T. I p 124.

(2) *Die Grenzboten*, T. III, p. 495 (Bismarck en 1866).

(3) Al Directorio, 6 agosto.